



PERSPECTIVAS

SUPLEMENTO DE ANÁLISIS
POLÍTICO, NO. 35

AGOSTO 2009

El rumbo país

En julio de 1979, el derrocamiento de la dictadura somocista amplió las expectativas de toda la sociedad nicaragüense respecto a las posibilidades de construir un régimen verdaderamente democrático. Ese anhelo estuvo presente también en 1990, con la victoria electoral de Violeta Barrios de Chamorro. Sin embargo, a medida que ha pasado el tiempo, las esperanzas de los nicaragüenses en una sociedad más justa e igualitaria, se han ido esfumando poco a poco a la vez que se ha minado su confianza en las instituciones y mecanismos del sistema político.

30 años después de ese memorable 19 de julio y con el FSLN de regreso en el gobierno, el rumbo del país es nuevamente una preocupación para los ciudadanos, mientras el ansiado régimen democrático se mantiene como una utopía imposible de alcanzar.



desencanto de los ciudadanos respecto al rumbo del país y sus gobernantes. Aunque la tendencia no es nueva, en esta ocasión los porcentajes han caído significativamente más bajo que en otros períodos.

A las percepciones de los ciudadanos se suman hechos irrefutables: sucesivos recortes presupuestarios, insuficiente ejecución pública, estancamiento progresivo de las exportaciones, las remesas y la cooperación internacional, los cuales están

surtiendo un efecto recesivo en el panorama económico. El deterioro político e institucional es inculcable, igual que el manejo fraudulento de las últimas elecciones municipales. El barco del país hace agua, mientras el triunfalismo oficial es cada vez, más desproporcionado.

Sólo dos cosas sostienen la estabilidad precaria de una calma engañosa: la preocupación de la población por su sobrevivencia y la insuficiente capacidad de movilización opositora. Sin embargo, las incertidumbres que rondan las futuras elecciones del 2011, pesan enormemente sobre ellas en tanto mecanismo democrático por excelencia para expresar la voluntad ciudadana res-

Un escenario empantanado

Tres años después de haber iniciado su segundo gobierno y a 30 años de liderar la revolución que derrocó a la dictadura somocista,

el FSLN se enfrenta a un escenario de país nada halagüeño, ni para el mismo gobierno ni para sus habitantes.

Las encuestas de opinión de los últimos dos años revelan un enorme

pecto a los gobernantes y el rumbo del país. Si esas incertidumbres se hicieran realidad, el país habría llegado a un callejón sin salida.

Conservadurismo y retórica

En ese sentido, el anuncio oficial declarando al país libre de analfabetismo es una pequeña noticia frente a los peligros de colapso y retraso estructural del sistema educativo, como bien lo señaló la Coordinadora Civil.

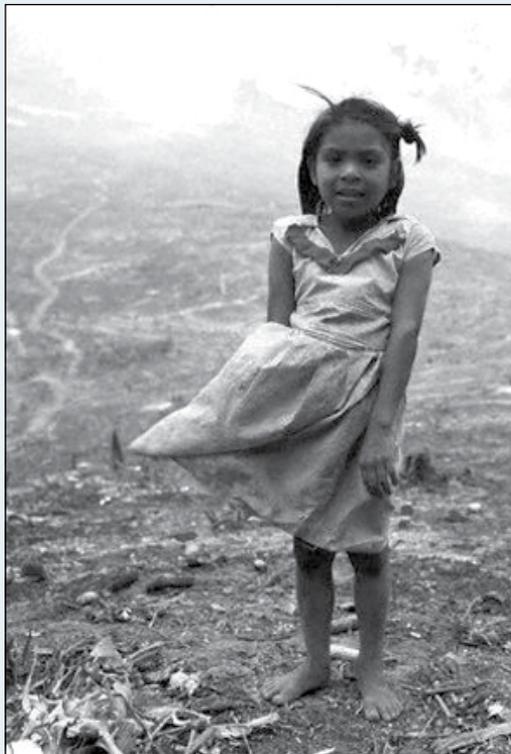
Quienes defienden la gestión gubernamental, están en todo su derecho, alinean las reformas estructurales que se habrían realizado en estos años en materia de apoyo al sector rural, programas de emergencia, energía y turismo. Pero no admiten que el marco de políticas sigue siendo el mismo, que el impacto de los programas es bajo, que no hay un plan de país, que la postergada reforma tributaria mantiene la inequidad y la injusticia, y que la institucionalidad está en el suelo.

Los argumentos justificadores: “se hace lo que se puede”, o “ningún gobierno puede resolver todo en un sólo periodo”, y el pragmatismo de adaptarse a la realidad, tienen una particular dosis de hipocresía y cinismo, especialmente en la desproporción de los discursos oficiales respecto a la realidad.

El retorno del Frente Sandinista al gobierno ha puesto en evidencia el desfase entre una orientación conservadora y una retórica revolucionaria vacía. Si esta última respondiera a realidades de movilización social o un proyecto político mayoritario, habría evidencia en términos de políticas y apoyo electoral, cuando menos. Pero, como se ve, hay más continuidad que propuestas de cambio. Y aún así, el país vive una situación política sumamente tensa y conflictiva. ¿Por qué si el programa de gobierno es tan pragmático y conservador, el país está en una situación de crisis institucional?

La razón radica en que, si bien el Frente Sandinista ha vuelto al go-

bierno con una visión extraordinariamente pragmática del manejo de la cosa pública y los programas de pobreza, trasladó sus métodos partidarios, el estilo de su liderazgo y su estructura de intereses al estado con la ambición política de permanecer en el gobierno. De ahí su apuesta por mantener el control sobre los poderes del estado, realizar reformas constitucionales y construir un poder paralelo que le asegure autonomía política y financiera.



Este estilo de gobierno, una mezcla de autoritarismo y clientelismo, se contradice con el objetivo estratégico del país de encontrar soluciones para la reducción de la pobreza en un marco de equidad. Pero además, se contradice con el espíritu de un régimen democrático.

Se ha instaurado entonces, una gobernabilidad paralela, en la cual el gobierno procura mantenerse en el poder por una serie de métodos y medios fuera de la institucionalidad. Hasta ahora, esa gobernabilidad paralela ha resultado exitosa en cuanto al control estatal y su capacidad de inserción en los negocios, pero tiene como contrapartida una pobre credibilidad, confianza y legitimidad entre los ciudadanos, un constante irrespeto a la institucionalidad y los derechos ciudadanos.

Este último uno de los aspectos más graves, sobre todo cuando desde los discursos gubernamentales se ha alentado la actuación de fuerzas casi paramilitares a fin de reprimir las manifestaciones y protestas ciudadanas.

Este estilo de gobierno, una mezcla de autoritarismo y clientelismo, se contradice con el objetivo estratégico del país de encontrar soluciones para la reducción de la pobreza en un marco de equidad. Pero además, se contradice con el espíritu de un régimen democrático.

Un margen de maniobra estrecho

Lo más grave en este balance, es que tres años después de iniciado el segundo gobierno del FSLN, el país ya agotó todas las reservas políticas que le quedaban. Ha transitado desde una dictadura, pasando por una revolución y tres gobiernos liberales, hasta volver a un gobierno auto denominado de izquierda. Luego de ese recuento, Nicaragua sigue en el fondo del pozo aunque aquí y allá se hicieran algunos maquillajes. Esa es la realidad fundamental.

La capacidad de generar alianzas y consensos nacionales hasta ahora ha sido mínima frente a los grandes desafíos estructurales del país. Y no ha sido precisamente por falta de propuestas. Ningún gobierno o partido puede por sí mismo, generar las condiciones políticas para el cambio institucional y social que requiere el país, de ahí que la apertura política, la negociación y la concertación estratégica deberían ser una prioridad para la planificación del desarrollo.

La paradoja de la historia es que ahora, cuando el país más necesita reformas estructurales en lo económico debido a la crisis internacional y los graves problemas estructurales del país, que sean políticamente viables, favorables a la democracia y a la reducción de la pobreza, el gobierno no sabe, no quiere, y no puede hacerlas.

Recientemente, el representante de Naciones Unidas, Alfredo Missair, afirmaba que en Nicaragua “se debe reflexionar como país”. Un loable discurso que se ha repetido a lo largo de 7 consultas y diálogos nacionales realizados durante los últimos 19 años. Pero, ¿cuáles son los espacios públicos disponibles actualmente para pensar como país?, ¿cuál es la calidad de esos espacios en el marco del actual deterioro institucional y político?, ¿cuáles son los temas susceptibles de una discusión amplia, transparente y honesta, para construir un acuerdo de país?

Hasta ahora, el gobierno ha ofrecido tarimas, escenarios arreglados de antemano, retórica y represión como la tónica del espacio público. En realidad, las elites han sido incapaces de sobreponerse a la lucha por el reparto del poder y los recursos en el marco de un sistema

político atrasado, patrimonialista y prebendario. La política es concebida desde esta perspectiva como: discrecionalidad y administración de la incertidumbre. El sistema político aparece bloqueado desde adentro y



Por el lado oficialista, las cosas buenas que ocurren en el país se deben a una sucesión de “victorias” sandinistas, mientras las cosas malas se deben a 16 años de neoliberalismo, interrumpidos con su regreso al gobierno para retomar la trayectoria positiva de la revolución. Esta es una visión mágica de la realidad, una historia sin historias.

lo que se ha denominado un estado trunco comienza a parecerse cada vez más a un estado fallido.

En este escenario, no cabe duda que la tentativa de forzar, a la hondureña, reformas políticas es una verdadera caja de pandora. Apostando al control social y al inmovilismo, el gobierno confía en que logrará negociar con los liberales para hacerlas pasar. Pero nadie sabe que tanto podrá estirarse la cuerda en Nicaragua, pues la voluntad de las cúpulas no es necesariamente la voluntad de la mayoría de los ciudadanos.

La historia y sus vueltas

Singular ironía tiene la situación actual en el marco de la celebración de los 30 años de la caída de la dictadura somocista. La conmemoración de la caída de la dictadura somocista el pasado 19 de julio y el inicio de la revolución popular sandinista, dio lugar a un conjunto de opiniones y reacciones nacionales e internacionales.

No es para menos. El acontecimiento de 1979 sacudió el mundo informativo, la geopolítica y los alineamientos ideológicos en torno a una crisis regional, donde Nicaragua representó el punto de ruptura más crítico y las expectativas de cambio más fuertes.

30 años después, la conmemoración se realiza en un contexto que exige una reflexión amplia y más allá del ámbito nacional. Durante estas tres décadas, el tiempo ha probado el potencial de procesos regionales como los acuerdos de Esquipulas, a finales de los 80, la democratización en Honduras hace unos 28 años, los acuerdos de paz en Guatemala 13 años atrás, los de El Salvador hace 17 años y la fase reciente del país durante los últimos 19 años. La evidencia indica que el potencial de cambio positivo que estos procesos planteaban a fin de disminuir los rezagos históricos de la región en materia social y política, se ha dilapidado. Toda una página de historia está concluyendo en Centroamérica.

Una memoria sin historia

Esta etapa histórica tiene características particulares según las distintas visiones retrospectivas, pero



comparten un elemento en común: padecen una miopía selectiva, pues se ve sólo lo que se quiere. Esto se debe a una posición maniquea respecto a la realidad y no hay diferencias entre una ideología u otra.

Por el lado oficialista, las cosas buenas que ocurren en el país se deben a sucesión de “victorias” sandinistas, mientras las cosas malas se deben a 16 años de neoliberalismo, interrumpidos con su regreso al gobierno para retomar la trayectoria positiva de la revolución. Esta es una visión mágica de la realidad, una historia sin historias.

Desde el otro punto de vista, la trayectoria del país se divide entre la crítica a la noche oscura del sandinismo y la valorización de las tentativas para salir a la luz desde 1990 a la fecha. Otra visión que privilegia lo mágico.

La solución pragmática detrás de ambas visiones polarizadas discursivamente, es acomodaticia: dejemos la historia atrás y arreglémonos como podamos. Sin embargo, esa solución solamente es válida cuando al grupo le conviene el olvido, en otros casos, recuperan la memoria aceleradamente. Esto permite justificar cualquier actuación sin asumir ninguna carga histórica, pero además, tener la posibilidad de presentarse como un nuevo comienzo todas las veces que sea necesario.

La historia del país, oral o escrita, se vuelve un relato anecdótico, fragmentado, simbólico y manipulable, sin base empírica y analítica que permita su reconstrucción crítica. De esta manera se evita cualquier análisis de fondo sobre los procesos del país, especialmente los políticos. Y la realidad comienza todos los días al salir el sol, en una suerte de presentismo político donde lo que vale es vivir hoy pues el mañana es incierto.

Si para las élites la política se vive de esa manera, para los ciudadanos también ocurre igual. Saturados de una profunda inseguridad e incertidumbre acerca del futuro del país y de su propio futuro, viven su realidad con desesperanza y según el día a día. Por



Nicaragua necesita una historia con memoria y una memoria con historia. Esto no la sustrae del debate, muy por el contrario, lo incentiva y establece límites a la manipulación. Sin ese sustrato común, ningún país puede pensarse como tal, además que es una base sólida para la construcción de consensos nacionales.

eso no es extraño que la mayoría refleje una visión pesimista sobre el país y cada vez se incrementa más el porcentaje de los que desean emigrar cuando se hacen encuestas de opinión.

Recuperar la memoria y la historia

Nicaragua necesita una historia con memoria y una memoria con historia. Esto no la sustrae del debate, muy por el contrario, lo incentiva y establece límites a la manipulación. Sin ese sustrato común, ningún país

puede pensarse como tal, además que es una base sólida para la construcción de consensos nacionales.

Sin embargo, el pasado con todos sus lastres le está ganando a la modernización y al cambio necesario. Se tragó incluso a los revolucionarios de ayer. Las líneas de jerarquía familiar y económica, construidas a la sombra de la política están nuevamente a la orden del día. La clase política ya es mayoritariamente vieja y anacrónica, no tanto por su edad cronológica, sino por sus formas de pensamiento y su cultura política que no permite el recambio generacional, político y cultural de los liderazgos. Ese es el mismo caso de las elites económicas.

El ejercicio de examinar críticamente la historia del país debería contribuir a identificar el potencial de cambio y de renovación, pero además, a la apertura de mayores espacios políticos para el debate. Nicaragua no está genéticamente condenada al fracaso, una vez más como hace 30 años debe cambiar el rumbo que le imponen las voluntades de unos pocos.